



A modo de prólogo

Los acontecimientos narrados en la novela *Los Reinos Gemelos* tienen lugar en un recóndito país compuesto por un territorio peninsular y otro insular que muestran un relieve similar en sus costas. Su origen es incierto, quizás la Isla fue creada mágicamente a partir del Continente o se desgajó en un momento dado, en una ruptura espaciotemporal, de manera que la forma de este quedó duplicada en aquella. O tal vez la Isla llegó hasta el Continente perdida a la deriva hacia una frontera desconocida del planeta.

La acción se desarrolla probablemente en los últimos siglos de la Alta Edad Media, si nos atenemos a la cronología del orbe conocido. En la Isla se observan influencias culturales de la Europa clásica y cristiana, de donde surgen los nombres con resonancias grecorromanas, como Diógenes, Herminio o Plácida. El Continente, en cambio, no ha recibido dicha impronta y todo lo que proviene de él o de tierras al norte y al este pertenece a

unas civilizaciones diferentes. De ellas proceden nombres como Marud, Shajé Niram o la lengua que habla Minai.

Estas incógnitas no serán desveladas en la narración que nos ocupa. Tal vez más adelante descubramos todos esos entresijos.



I Preludio

Allá lejos, en medio del mar, existían dos reinos gemelos. Una parte permanecía unida al continente, la otra se desgajó en su día y se convirtió en una isla. Aquel reino único, como lo fuera en tiempos remotos, fue el sueño y el logro del rey Claudio, que emprendió y terminó la ardua tarea de la Unificación. Desde que lograra soldar aquella tierra de hombres y mujeres generosos y valientes, el país de los Reinos Gemelos era temido y admirado por sus vecinos, que aspiraban a parecerse a tan próspero lugar. El rey Claudio era conocido por su serenidad y por su entereza, así como por su capacidad para gobernar sin excesos. Aquel hombre, aún joven, y que siempre vestía de gris, levantaba entre sus súbditos admiración y profundo cariño. La muerte prematura de Amiel, su hermosa mujer, conocida como la Reina Roja por su melena cobriza, había sumido al reino en una tristeza singular. Sin embargo, la heredera al trono prometía parecerse físicamente a ella, mientras su carácter se forjaba en la templanza y la resistencia practicadas por su virtuoso padre.

por La princesa había recibido en el bautismo los nombres de todas las reinas que le habían precedido. Se llamaba Anastasia Noelia Micaela Odina Clara Sofía Calixta Amiel Letanía. Tan solo Amiel, el nombre de su madre, no tenía nada que ver en la línea sucesoria y se lo habían impuesto como emocionado homenaje de su padre a la esposa muerta demasiado pronto, durante el parto de su primogénita. Sin embargo, como era costumbre en los Reinos Gemelos, solo los dos últimos importaban y, por eso, en todos los papeles oficiales figuraba como Princesa Amiel Letanía.

Puesto que había perdido a la madre, el rey había volcado su amor en la hija y, a diferencia de otros hombres de su alcurnia, la había educado personalmente, inculcándole, desde temprana edad, todos sus conocimientos sobre el poder y el mando, sus doctrinas políticas y su sabiduría. El rey había dictado para ella la misma rigidez y disciplina que regía su vida, sin permitirle caprichos, indolencias ni descuidos. Letanía había madrugado cada día con el alba. Letanía, como el rey, su padre, comía y bebía con frugalidad, ayunando en periodos de especial recogimiento. Letanía mantenía sus horas fijadas por un horario inamovible que marcaba inexorablemente una cosa para cada momento y un momento para cada cosa. Se aseaba cada mañana por completo, en invierno y en verano, a veces con el agua gélida recién extraída del pozo, y hacía desenmarañar su alborotada melena roja. Soportaba por igual el frío y el calor; era capaz de permanecer en pie durante horas, contemplando sin un gesto de abulia los interminables desfiles, las soporíferas sesiones del Consejo o la reiterada sucesión de mensajeros. En público, o en presencia de cualquiera de sus súbditos, Letanía jamás gritaba; sabía mandar, pedir, obligar, regañar y castigar sin levantar lo más mínimo la voz. Podía escuchar la peor de las noticias o la

más hilarante de las declaraciones sin una lágrima, un asomo de sonrisa o un parpadeo, tratar con igual exquisitez a un pariente cercano y al peor de sus enemigos y de la misma forma sabía aplastar a ambos bajo la losa de la más definitiva frialdad.

A la edad de dieciséis años, durante un doloroso invierno, la princesa Letanía perdió a su padre. Afligida, pero decidida y sólida, creyó que accedería directamente al trono. Pero el rey, más firme y más severo todavía que su hija, había sido igualmente imperturbable en sus postreras disposiciones, indicando que la princesa debía aguardar el tiempo necesario, hasta cumplir los veinte años, para ser coronada. De esta forma, al desaparecer, había dejado como sucesor a su hermano Herminio Filón, en calidad de regente.

De todo lo que Letanía había tenido que soportar en su corta vida, aquella inesperada decisión de su padre fue lo que le provocó un mayor estupor. Toda su inmensa congoja y sus novísimas preocupaciones se le venían ahora a la garganta con el sabor de una traición, la que su padre había hecho a su confianza, permitiendo que alguien que no era ella misma ocupase —aunque fuera temporalmente— el puesto para el que había sido preparada.

Y de todos sus pecados privados y reales, públicos y particulares, como princesa y como mujer, la flaqueza de considerar traidor a su padre sería el que más iba a sentir Letanía desde entonces y para siempre. Y lo que aún era peor: junto a esa debilidad conservaría imborrable en su pecho el presagio de que semejante traición le traería consecuencias imprevisibles.